



PAZ Y BIEN
PARROQUIA INMACULADA CONCEPCIÓN



IV Domingo de Adviento
22- XII- 2013

Textos:

Is.: 7, 10-14.

Rom.: 1, 1-7.

Mt.: 1, 18-24.

“José hizo lo que el Ángel del Señor le había ordenado”.

Jesús es nuestro Salvador, anunciado por los profetas. Hoy la liturgia de la Palabra nos invita a meditar el misterio del Emanuel en relación con María y José.

Dijimos, el 8 de diciembre, que el IV Domingo de Adviento, está dominado por la figura de María; el Evangelio nos dice que Ella es la puerta por la que Dios quiere entrar en el mundo; Ella es el receptáculo del silencio. Nosotros, frente a un tiempo marcado por la verbosidad e incontinencia verbal alimentada por la falta de pudor, sorprendidos admiramos el silencio de la Virgen que no cree que deba romper ese silencio para darle a San José, a quien estaba tan unida en Dios, una comunicación de tanta importancia: no, vale más el silencio: *“Saber, lo que se debe hacer, y cuando uno lo sabe, hacerlo y callarse”* es todo lo que se necesita, dice San Juan de la Cruz.

Desearía detenerme en algunos aspectos de aquel que sobriamente ocupa un lugar en el Adviento y la Navidad: **José**.

En esta época exaltada e inquietante que atraviesa nuestra sociedad, José de Nazaret se nos presenta como **el hombre de la medida y de la esperanza** y su misión ayuda e ilumina estos tiempos de gran desafío para la evangelización. **La misión de José es de silencio, de confianza y de entregamiento** ¿Cómo ilumina San José nuestros desafíos en emprender una nueva evangelización?: Pensando en nuestra vida y actividad apostólica, debemos comprender que lo importante en la misión de José no es lo que realizó, sino lo que Dios hizo por él, con él y a través de él. Las consecuencias de esto durarán eternamente. Dios confió la Virgen María a San José, ella iba a dar al mundo al Hijo de Dios. Al aceptar unir su vida a la de María por unos esponsales, José entraba en el gran misterio del Verbo Encarnado y de Su Iglesia.

También frecuentemente vemos que las circunstancias sociales y culturales se manifiestan como un límite, un obstáculo para la misión de la Iglesia, olvidándonos que para Dios nada es imposible pues contemplando el hogar modesto de María y José, en una ciudad sin historia, en un país bajo ocupación extranjera, de esta realidad con tantos límites salió una llama que no ha terminado de alumbrar y de abasar el Universo **¡Nada es imposible para Dios!**

Dios no ha colocado a José simplemente junto al misterio, sino que lo ha hecho entrar en su interior. Esta participación en el misterio del Verbo encarnado sitúa a San José, como a la Virgen María, en el centro de la historia del mundo.

Por último, ante tanta confusión en torno a la naturaleza y fines de la familia, el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, nos ilumina sobre el valor de la familia, pues el Señor se preparó una tienda con el fin de habitar entre nosotros, y esa tienda fue una familia. El Hijo de Dios solicitó hospitalidad en un seno virginal y el calor de dos corazones que se aman.

Hermanos, pidamos al buen Dios que encontremos la fuente de alegría en la presencia del Dios entre nosotros, porque aunque es cierto que Dios estuvo siempre entre los hombres, nunca tan claramente como con el Emanuel; que su presencia alimente nuestra alegría y esperanza.

Amén

G. in D.